

# Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre	1'00 . . .
Extranjero	1'50 . . .

## Hay que insistir

Para llenar el periódico habría si fuéramos a dar cuenta de todas las anomalías del último indulto, con el que tanto se envenenó Romanones al ver que el Gobierno francés prorrogaba en su última amnistía alguna de las excepciones que a él se le ocurrieron.

En verdad que estamos en el siglo de las viceversas; pues mientras a nuestros demócratas y a los socialistas que rigen la nación francesa no se les ocurra otra cosa que restringir la gracia que tanto les ha costado conceder, el autócrata moscovita, al celebrar el centenario del advenimiento de su familia a los destinos del pueblo ruso, ha concedido una amnistía amplísima en la que mucho tienen que aprender los que de liberales sólo tienen el nombre.

A medida que el tiempo transcurre vamos recibiendo noticias que confirman cuanto dijimos desde el primer momento.

Se ha dado el caso de que de seis presos que había en la cárcel de Bilbao, después de ser excluidos del indulto han recobrado la libertad cuatro de ellos, sin que por mucho que en ello pensemos podamos adivinar por qué han quedado dos en la cárcel, estando todos sufriendo condena por idéntico delito. De igual manera no se justifica la continuación en el penal de Cartagena de otros dos compañeros y de otros tantos que en Barcelona, Valencia y otras capitales siguen sufriendo las consecuencias de la poca seriedad de los hombres que nos gobiernan.

De los delitos cometidos con ocasión de huelgas obreras, ya en otros números hemos hecho resaltar, la burla sangrienta que supone que se haya concedido indulto a los condenados por delitos sociales y todavía no sabemos lo que esto quiere decir, pues equivale a presentar para comer un plato de conejo sin conejo, pues ni uno sólo de los que están por tales delitos ha recobrado la libertad.

¿A qué presos por delitos cometidos con ocasión de las huelgas obreras se refería el mezcuzo indulto? Es indudable que a algunos se refería.

A lo raquítico del indulto se une la falta de unidad de criterio de los encargados de aplicarlo, pues se da el caso de que por delitos de sedición se hallan comprendidos los que están en rebeldía, mientras se niega a los que residen en esta capital y que por gozar de libertad provisional tienen que presentarse semanalmente al juzgado.

Coincide en esto que a los que se deniega el indulto son los que pertenecieron al Consejo de la Federación Nacional del Trabajo y que en la actualidad tratan de reorganizarse.

Pero por si esto fuera poco, tenemos cartas procedentes del penal de Chinchilla, donde se encuentran, entre otros, cuatro compañeros, a los que sin ninguna clase de duda les comprende el indulto, sin que hasta ahora hayan sido puestos en libertad.

Tenemos, pues, que el indulto concedido el día 23 de enero último además de no haber satisfecho los anhelos de la opinión, que demandaba una amplia amnistía, ha sido una burla hasta para aquellos delitos cuya clasificación no admite duda; pero que para dejar la puerta abierta a toda arbitrariedad, a toda injusticia, el Gobierno ha dejado al arbitrio de los tribunales o de los fiscales su aplicación, con arreglo a la pena recaída o que pueda recaer en los procesos.

Queda, pues, demostrado que el llamado indulto sólo lo ha sido para los que cuentan siempre con que la balanza ha de inclinarse a su favor, y si ha alcanzado a algún obrero ha sido porque dentro del articulado no había manera de excluirlos.

Fácil nos sería demostrar que de los presos por delitos estrictamente políticos y sociales son más, muchos más, los que continúan presos, que los que han recobrado la libertad. Sólo en la cárcel de Barcelona hay ocho presos por delitos cometidos con ocasión de huelgas y cuatro o seis por delitos esencialmente políticos a quienes se les ha denegado la libertad.

Estaba reservado a un gobierno que se llama liberal el hacer excepciones hasta para los delitos llamados de prensa.

Pero nosotros no hemos de permanecer callados. Dése por satisfecha la prensa burguesa que ha conseguido la libertad de los presos que había de su categoría hasta el extremo de que ha habido diferencias hasta en los condenados por idéntico delito y tal vez por un mismo tribunal. Nosotros, mejor dicho, la prensa obrera que no está sujeta a partidos políticos ni a conveniencia de ninguna clase, continuaremos excitando la opinión para que haga sentir el peso de su fuerza donde sea preciso, hasta conseguir que los que cayeron por luchar por un mejor bienestar o por la emancipación humana, recobren la libertad que no hubieran perdido si entre los trabajadores no perdiéramos el tiempo discutiendo minucias mientras abandonamos asuntos tan importantes como la defensa de los compañeros caídos.

En varios números nos hemos ocupado de este asunto, que no abandonaremos, pese a la general indiferencia. Sabemos cuanto puede la constancia y en ella confiamos en la seguridad de que hemos de lograr despertar las dormidas energías del proletariado.

Toda la liberalidad, toda la democracia de los gobiernos, pierde su eficacia por el deseo de aparecer serviles ante los que con un gesto pudieran arrojarnos del poder, y sólo por un acto de adulación puede explicarse que el comentario indulto haya quedado reducido a tan ridículas proporciones.

Debe la clase trabajadora sostener una activa campaña hasta conseguir amplia amnistía, y no cesar en ella hasta que la libertad de los presos por cuestiones sociales sea una realidad.

la obra progresiva y retardan la obra de la redención humana, no hay que desesperar, pues los defensores de la libertad y la igualdad aumentan incesantemente y llegará un momento en que siendo los más y los mejores transformarán la sociedad en beneficio de todos.

[Animo, pues, y adelante, hombres libres! Sin desmayos seguid laborando para que en breve termine el mundo de la opresión y el privilegio y principie el de la paz y la fraternidad.

JOSÉ CHUECA

(Lecto en la velada inaugural del Centro de Estudios Sociales, de Zaragoza).

## El plato de lentejas o las reformas de Lloyd George

Con el título de «Una gran reforma» y una nota de entredicho ha publicado *Cultura Obrera*, de Nueva York, un artículo de mi más querido amigo Fernando Tarrida, analizando las reformas de Lloyd George.

Reprodujo el artículo *El Progreso*, comentando de aquel modo cuco e inofensivo, aunque no inocente, con que suelen tratar los políticos los asuntos sociales para que sus masas se enteren a poca costa y sin molestar mucho la peligrosa máquina cerebral, tal y como aconseja el delicado cultivo del elector dócil y embabecado.

Nada hubiera dicho yo sobre el particular, dejando a *Cultura Obrera* el cuidado de la réplica. Pero mi buen amigo y compañero Juan Cualquiera toma el asunto en *El Porvenir del Obrero*, y su lectura me ha inspirado el deseo de intervenir, no para discutir sobre violencias y reformas, no para alabar ni censurar prácticas inglesas o mejicanas, no para comparar a Flores Magón con Lloyd George, sino para afirmar y sostener que el derecho inmanente del trabajador desheredado a participar del patrimonio universal, no es cambiario por un oportunista plato de lentejas para salir de un apuro, ni depende tampoco de la hazaña de un valiente que intentara triunfar por la tremenda; ese derecho es consubstancial con la personalidad humana y ha de ser reconocido y acatado por todo el mundo, y para lograr tal fin trabaja el proletariado hace ya más de medio siglo con todo empeño y energía.

La revolución mejicana y las reformas inglesas son dos episodios de la ascensión progresiva del proletariado a la cúspide de su emancipación, merecedores de fijar la atención de cuantos por tan interesante asunto se preocupan, pero nadie debe por ellos detener su paso.

Bueno es que los obreros asegurados, mediante el pago de sus cotizaciones, tengan médico y medicinas en sus enfermedades, que cobren diez chelines semanales y disfruten de no sé qué otras gangas por añadidura; pero malo será que los obreros asegurados renuncien por eso para sí, para sus hijos y para sus compañeros al goce de la integridad de la vida, que no se halla en esas reformas, ni en otras más grandes que se preparan, sino en el triunfo de la revolución social.

Posible es que las cuotas del seguro perjudiquen a las del sindicato; que la esperanza de tener médico y medicinas estorbe al deseo de ser hombre libre e igual a todos los hombres; que la gratitud debida al reformador menoscabe la dignidad del rebelde; que el asegurado, como el hambriento Esau, venda su derecho al Jacob gobernante por un plato de lentejas, en vez de tomárselas sin que mediara tan abominable compra-venta; pero ¿qué gana el proletariado mundial, puesto que mundial es hoy el problema social, con que muchos o pocos obreros ingleses se dejen poner el collar y el número de la protección?

Una vez más he de recurrir al siguiente dato que reduce a su verdadero valor las reformas gubernamentales inglesas y que hallé un día en un diario burgués:

«Se calcula que la riqueza total de Inglaterra, tal como se obtiene por la capitalización de las rentas, asciende a 11.500 millones de libras esterlinas. De ellos, 10.900 pertenecen a cinco millones de ingleses, y los 600 millones restantes se reparten entre treinta y nueve millones de personas. Es como si nueve personas hubieran de repartirse una manzana y empearan por dividirla en nueve pedazos iguales: una de las personas se quedara con ocho pedazos y las restantes ocho personas se distribuyeran el pedazo sobrante.»

Y aun en ese reparto sólo se tienen en cuenta los ciudadanos inscritos en el Registro de la Propiedad, los propietarios, no los solamente inscritos en el Registro civil, los no propietarios, los jornaleros, los verdaderos cultivadores de la manzana que simboliza la riqueza social, los cuales, con su jornal mientras puedan trabajar, y con la asistencia médica, las medicinas y unos chelines de añadidura cuando el trabajo les rinda, dudo mucho que puedan elevarse a la altura que representa esta definición: «El hombre es la medida de todas las cosas.»

Y digo esto porque recuerdo este otro dato acerca del pauperismo inglés, expues-

to un día en la Cámara de los Comunes por el insigne Gladstone: «Pensad, señores, en los que yacen en la sima de la miseria, en los salarios no aumentados y en que de cada diez hombres nueve sostienen una lucha terrible contra la miseria.»

Algo más interesante que las reformas de Lloyd George me parece el Congreso Sindicalista que ha de celebrarse en Londres en mayo próximo, y sobre el cual me permito llamar la atención de los obreros sindicalistas españoles. Allí al menos habrá campo libre para desarrollar iniciativas obreras en pro de la positiva y verdadera emancipación de los trabajadores.

[Ah, se me olvidaba! Esa reforma tan alabada, adoptada gubernativamente en Inglaterra, no es necesaria en España, y particularmente en Cataluña, y más aun en Barcelona, donde existen montepíos o sociedades de socorros mutuos en que por una peseta mensual se tienen en caso de enfermedad 2 pesetas diarias y médico y medicinas, o 3 pesetas los que prefieren la asistencia de su médico; y eso sin bombo ni platillos y desde mucho tiempo antes que naciera Lloyd George.

ANSELMO LORENZO

## La campaña Pro Queraltó

Mientras la clase médica barcelonesa practica la cuquería del silencio, prescindiendo de la solidaridad con el colega perseguido y acercándose a la complicidad con los colegas perseguidores, Queraltó se defiende solo, realizando a la vez una extensa excursión de cultura científico-popular.

En Madrid, en Galicia, en Andalucía, en las provincias valencianas hasta ahora, y sin renunciar a proseguir su tarea por el resto de España, menos los kilómetros legales de su destierro, va por todas partes manifestando su protesta y exponiendo su doctrina de la medicina social.

En grandiosas reuniones públicas, acompañado de los médicos y notables locales, Queraltó ha recibido aplausos entusiastas de las multitudes, pudiendo resumirse el significado y el objetivo de su presente actuación con estas palabras: Ciencia y Libertad.

Tal es siempre, aproximadamente, el resultado de la injusticia.

El doctor Queraltó era antes sólo conocido de su clientela; sintió atacada su libertad y, noblemente inspirado por la idea de la protesta, resulta un campeón de la dignidad humana.

Apúntese ese tanto el famoso Patronato.

## Cuatro condenados á muerte

Hace pocos días, algunos cronistas madrileños hablaban sin dulzura del Jurado que, en una causa reciente, absolvió a unos cuantos acusados cuyo delito aparecía clarísimo. Los miembros de ese Jurado pueden dormir tranquilos.

Pero yo no sé si los que en París acaban de entregar a cuatro hombres a la guillotina y de enviar a otros tres o cuatro a presidio perpetuo, podrán del mismo modo conciliar el sueño en lo venidero.

¿Qué es, en efecto, salvar a un culpable? En la mayor parte de los casos, es ser justo.

En cambio, condenar a un inocente es el más terrible de los crímenes.

Y notad que yo no aseguro que entre los condenados haya alguno del todo inocente. Lo que digo es que el último acto del formidable drama habría turbado para siempre mi conciencia, si yo me encontrara entre los doce caballeros que respondieron «sí» a las preguntas del tribunal.

Apenas leída la sentencia que condena a Dieudonné a muerte como asesino de Caby, otro de los procesados, el siniestro Callemín, púsose de pie y dijo:

—Ahora, que ya no tengo nada que perder, confieso que el asesino de Caby no fué Dieudonné. Fuí yo. Sí; en compañía de Garnier, lo atacamos y le robamos la cartera que llevaba.

El abogado de Dieudonné púsose de pie y exclamó:

—Señores jurados: Esto lo sabía yo; pero no podía convertirme en deator de otro acusado. Dieudonné es inocente.

—Soy inocente, lo juro —gimió Dieudonné.

No es esto todo. Otro de los condenados, Carouy, oyó con tranquilidad la sentencia que le relegaba a Cayena para toda su vida. Luego, muy tranquilo, dijo:

—Señores, soy inocente.

Hoy, por la mañana, sus guardianes han encontrado a Carouy muerto en su calabozo. Junto a su cama había un papel, en el cual el condenado del día anterior repetía que era inocente y que, ante la injusticia de que era víctima, prefería envenenarse a ir a presidio.

Se dirá, sin duda, que el sabio Bertillón reconoció las marcas de los dedos de Carouy en el lugar del crimen que se le imputaba. Es cierto. Pero ¿no fué también Bertillón quien declaró que la letra de Estherazy era la de Dreyfus? Y en cuanto a los testigos que juraron haber visto a Dieu-

donné en el momento del atentado contra Caby, ¿qué se puede tenerse en ellos? Unos decían que sólo lo habían visto por detrás; otros, de perfil; otros, que apenas lo habían visto.

Con pruebas de esta naturaleza y con testimonios de esta importancia, se comprende que en un momento de fiebre nacional se corten cabezas. Cuando el soplo de la tragedia sacude las almas de un país, los errores judiciales son, si no excusables, por lo menos, explicables. Los que, en tiempo de Robespierre, llenaban las «carreras» de simples sospechosos, sabían que no estaban lejos de la guillotina. Pero en un momento de paz, de orden, de armonía, de sensibilidad y de justicia, ¿cómo comprender la ligereza de los jurados? Que haya una duda, más aun, que haya una convicción íntima, lo acepto. Sólo que eso no basta. Nada basta para contestar, cuando un hombre proclama su inocencia.

—Es culpable.

No; nada basta. No hay pruebas que sean irrefutables. No hay ciencia que no se equivoque. En las revisiones de errores judiciales, lo que espanta justamente es la aparente justicia que asistió a los que los cometieron. Calas, y el asesino del correo de Lyon, y Dreyfus, están ahí como imágenes eternas de la similitud que existe entre un inocente y un culpable. Todo los acusa. Todo se volvía contra ellos. Todas las pruebas materiales eran para ellos fatales. Y, sin embargo, ningún crimen habían cometido.

¿Por qué no poner en las salas de Audiencia, junto al Cristo que aconseja clemencia, un Dreyfus que indique prudencia?

E. GOMEZ CARRILLO

## TEATRO PASIONAL

### Tierra Baja

Argumento sencillo, pasión honda y elevada idealidad constituyen el carácter de este drama de Guimerá:

Una linda muchacha, lazarillo de ciego, ha sido protegida por un rico hacendado a quien ella ofendió inconscientemente la flor de su carne virgen. Eso buscaba el amo, satisfacer su pasión ociosa; mas se encoró la desgracia con sus riquezas y, para salvar la situación difícil, un matrimonio ventajoso necesitaba. Todo el pueblo conoce los amores con la pobre Marta, y, para acallar la maldicencia, forzoso es también casarla. Ahí está el montaraz pastor Manelich que, ajeno a la hipocresía de los hombres y a su refinada maldad, queda prendado de la moza, y consiente por instigación del amo a ser su esposo. El señor posee todo el orgullo feudal, todo el egoísmo capitalista y toda el ansia de su lujo sexual. Añade a estas prendas la sequedad de corazón y la creencia de que sus vasallos están en el mundo para satisfacer sus caprichos y ser instrumentos ciegos de su concupiscencia.

Amá a Marta y la quiere sólo para él, con esa exaltación viciosa del instinto que sólo los poseedores de la riqueza disculpan en su ómnipotencia ficticia. De modo que si él dispone este medio de encubrir las evidencias es para continuar el usufructo de los placeres que atesora el cuerpo de la hembra, sin sobresaltos peligrosos.

La despreciada concubina intentará rebelarse contra la cruel férula, sentirá torturada su alma femenina, pero la sugestión del dueño podrá más que su energía y a la postre se verá unida al hombre que desprecia, creyendo que él consiente a la infamia unida. Pronto la verdad del amor que el gañán y arrogante manco siente, desumbrará y conmovió a la mujer. Las escenas de imponderable belleza en que cada personaje encuentra su realidad dan al drama el interés emotivo más culminante y, cuando ella compara la diferencia de este amor agreste y fiero con el del señorito, no puede contener el entusiasmo. En su corazón se levanta como ola arrolladora el ansia de reivindicarse, de vengarse del tirano. Y arrostra la cólera del marido y grita el ultraje del amante. Pondrá sus recursos para huir y rescatar su libertad y hacer suyo al hombre a quien se ve unida por arte mágico, mas con la justificación atractiva de amor completo queda bien sancionada esta unión que se vuelve contra el que la ha tramado. Cuando está dispuesta a burlar la vigilancia de que es víctima por parte del ceioso dueño, éste aparece y reclama la prerrogativa trágica que cree poseer sobre la pobre esclava. Una lucha se entabla en la que la parte débil se ve amenazada, pero el marido vela escondido, y ante la osadía del pretendiente aparece en escena con la decisión de hacer valer su legítimo y natural derecho. Saca el cuchillo y se pone en frente del ladrón de su tesoro, mas en un rasgo generoso lo desecha y queda a cuerpo descubierto. Quien a brazo partido arremetió en la tierra contra el lobo no debe temer los lobos de la ciudad. Y abrazándose con denuedo a su enemigo le muerde y le estrangula. Y así vemos realizarse una vez más y afirmarse la instintiva rebeldía, con secuencia de la lucha por el ideal que hay

## Nuestro ideal social

Porque tenemos un cerebro para pensar y un corazón para sentir (no todos lo tienen), somos hombres de ideales.

Fué en nosotros el sentimiento primero que la idea. El espectáculo del mundo nos indignó. Vimos las injusticias sociales y quisimos suprimirlas.

Comprendimos que la organización de la sociedad no era lógica, no era razonable, no era natural, sino producto híbrido de la ignorancia y la mala fe de los hombres, y contra ella nos rebelamos. Y seguros de que los males sociales radicaban en el régimen y no en los individuos, transformamos aquél fué nuestro objetivo, pues sólo suprimiendo las causas desaparecen los efectos.

Pero una vez convencidos de que la organización social era mala, de que debía transformarse, nos era necesario saber con qué reemplazarla. Buscamos, pues, una forma que satisficiera todas nuestras aspiraciones, y tan perfecta la encontramos, que en el porvenir dentro de ella habrá de desenvolverse la humanidad.

Nuestro ideal social es tan grandioso, que luego de conocido, a menos de ser contrarios al bienestar de nuestra especie, se desea su realización.

Con él acabarían todas las injusticias, todos los crímenes, todas las miserias y vicios determinados por el corrupto ambiente en que vivimos. Con él concluirían toda clase de privilegios y la distribución del trabajo y de los productos se verificaría ajustándose a la más estricta equidad. Con él recobraría el hombre su independencia y su libertad de acción. Con él la justicia se consolidaría, la verdad no precisaría de ropajes que ocultasen su bella desnudez y el progreso hallaría expedita la vía.

¡Qué hermosa sociedad la futura si llegase, y creemos que llegará a ser como la imaginamos!

Las relaciones entre los hombres serían entonces sinceras y cordiales; los médicos de cultura estarían al alcance de todo el mundo y las inteligencias desarrollaríanse espléndidamente; las ciencias y las artes se elevarían a regiones para nosotros inaccesibles; el trabajo sería libre, voluntario, y nadie negaría su concurso a la obra común; los beneficios materiales, intelectuales y morales de tan armónico y justo sistema social a todos por igual alcanzarían.

Hay quienes objetan que estos son bellos sueños, quimeras, que la humanidad siempre vivirá como hasta ahora.

Bueno; para mí andan equivocados los que tal piensan. Pero ¡allá ellos con sus antediluvianas creencias! A los que observan la evolución de la sociedad, a los que no ignoran el pasado y ven el presente como realmente es, no les cabe duda alguna que la estructura social cambiará pronto, que la tiranía, la miseria y la ignorancia serán desconocidas en el porvenir.

Es un baldón para la humanidad que unos hombres opriman a otros, que la ignorancia sea tan grande después de miles de años de hablar de civilización y que exista la miseria en un mundo donde la naturaleza se muestra generosa hasta el punto de que todos podrían poseer más de lo necesario.

Reconociéndolo así, millares de hombres luchan para conseguir que a la tiranía sustituya la libertad, que a la miseria siga la abundancia para todos, que a la ignorancia suceda la cultura general.

Y aunque todavía existen muchísimos individuos que por atavismo, por rutina, por pereza mental o por cobardía moral dificultan